CUADERNOS SALMANTINOS DE FILOSOFÍA
Suplemento 1, Vol. 42, 2015, 167-185, ISSN: 2387-0818

POR QUÉ HERÁCLITO HOY Y SIEMPRE. NOTAS PARA UNA COSMO-ANTROPOLOGÍA

Luciano Espinosa
Universidad de Salamanca. Salamanca. España
espinosa@usal.es

Resumen: Heráclito rechaza el antropomorfismo en todas sus facetas (incluido el concepto de identidad) y en su lugar propone filosofar desde el filo de una espada, justo en el medio de la oposición universal, es decir, afirmando y negando a la vez. Hablamos de forma y proceso, devenir y ciclos…en sentido objetivo y subjetivo, pero finalmente lo único que permanece es la espontaneidad y la trágica inocencia del *Logos*. Por tanto, el ser humano debe entenderlo y sintonizar con esta *neutralidad* ontológica –eso significa estar despierto–, fluyendo y confiando en el universo inconmensurable que es su hogar.

Palabras clave: filo, forma, proceso, *Logos*, neutralidad, flujo.

WHY TODAY AND FOREVER HERACLITUS. NOTES FOR A COSMO-ANTHROPOLOGY

Abstract: Heraclitus rejects the anthropomorphism in all his facets (including the concept of identity) and instead of it he proposes to philosophize from the edge of a sword, just in the middle of the universal opposition, that is to say, affirming and denying at the same time. We talk about form and process, becoming and cycles…in an objective and a subjective sense, but finally the only thing that remains is the spontaneity and the tragic innocence of the *Logos*. So, human being must understand it and tune in this ontological *neutrality* –that means to be awake–, flowing and trusting in the incommensurable universe that is his home.

Key Words: edge, form, process, *Logos*, neutrality, flowing.

Universidad Pontificia de Salamanca

1. UNA LECTURA ECLÉCTICA

De Heráclito se han hecho muchas y variadas lecturas, como es sabido, porque es uno de esos autores seminales, densos y enigmáticos. Entre esas interpretaciones diferentes a lo largo de la historia, los ejemplos de la dialéctica en Hegel o de la poética creadora en Nietzsche son buena muestra: el griego ayuda al primero a formalizar el devenir del mundo, mientras que libera al segundo de toda atadura formal. Y lo más curioso es que en ambos casos cumple el papel requerido porque su polivalencia le hace verdaderamente inagotable y fértil. Así, los fragmentos permiten por su propia apertura un notable margen hermenéutico, pudiendo ser leídos como auténticos aforismos que demandan al lector que complete el sentido, pero a la vez están dotados de un rico contenido que se hace respetar por sí mismo, lo bastante paradójico e intrigante como para despertar un interés continuo. Si le llamaban el Oscuro quizá fuera por esa mezcla extraña de aristocratismo (de espíritu más aún que de cuna), un cierto trasfondo oracular, el carácter casi cifrado de sus sentencias y un talante crítico nada amigo de las convenciones…, todo condensado en una expresión polisémica y nada propensa a dar facilidades al perezoso. Heráclito, en fin, es alguien realmente inclasificable que no se deja homologar como *mítico* o *lógico*, y ni siquiera se encierra en el tópico académico de la *oposición* y el *flujo*…, entre otras cosas porque su pensamiento es como el agudo filo de una espada y nadie se puede acomodar ahí.

A mi juicio –que sólo pretende rescatar algunas notas de su vitalidad, por esta vez al margen de comentaristas y ataduras historiográficas[1]–, lo más atractivo es ese rasgo *cortante* que surge de la unión de los dos lados del acero, es decir, el hecho de que pensar consiste en situarse *en medio* de todo, como nexo y como límite, entre el haz y el envés: hay en el griego un perenne patrón bipolar que guía el discurso sin escisiones, una convergencia de perspectivas carente de unidad final que las supere, un antagonismo incesante de planos que fragua el entramado reglado de correlaciones pero sin totalidad cerrada, la integración del *kosmos* que es orden y belleza aunque sin homogenizar sus elementos; en definitiva, una cohesión fundada en la divergencia y viceversa… Su estilo, seco y esquivo, siempre fascina, de manera que obliga a seguirle –aun a regañadientes– cuando atraviesa los tabiques de las categorías mentales, pues no agasaja nuestra necesidad de seguridades pero tampoco defrauda el afán de conocer. Por todo ello resulta uno de los autores imprescindibles, siempre renovado, tan poliédrico

1 Como ejemplo de esta libertad, destaco más de una semejanza con el taoísmo, tanto en el estilo *cortante* y paradójico como en el contenido ligado a la alternancia (aquí yin-yang) o a la energía fluyente que todo lo traspasa. Quede constancia de este aire de familia sapiencial: el *Tao-lógos* como curso natural del ser.

Universidad Pontificia de Salamanca

que de un modo u otro encaja con la experiencia diversa de quienes se le acercan a lo largo del tiempo. El caso es que no tiene asideros sino aristas, no apacigua sino que agita…y, sin embargo, actúa como un imán que ayuda a fijarse a él desde cualquier posición vital. Como el agua que escapa a la cesta de los conceptos, semeja el manantial donde bebe el viajero que camina entre perplejidades y lo que sigue es el acercamiento de alguien sediento a la altura del siglo XXI, sin otra pretensión que dialogar con un maestro cuya inteligencia no cansa.

Y lo primero que enseña es que no bastan los consensos sociales ni el llamado sentido común, como tampoco las tradiciones más acrisoladas o la erudición (frag.43, 89)[2], por más que todo ello tenga su peso en la existencia ordinaria. Tal es el punto de partida de cualquier actitud filosófica genuina: traspasar los discursos vigentes, sean populares o ilustrados, tácitos o explícitos, ir más allá o tal vez venir más acá, esto es, hacia las raíces de las cosas. Dar cuenta de lo real –en estos albores de la filosofía occidental donde todavía están hermanados ser y pensar– requiere antes un gran esfuerzo de introspección encaminado al *descondicionamiento* cultural y dogmático, además de una pugna sin tregua contra las supersticiones y la búsqueda pertinaz de un saber que esté por encima de los pre-juicios y aun del conocimiento especializado. La vía cognoscitiva de Heráclito es obviamente *precrítica*, pero no carece de una especie de rigor que hoy llamaríamos depurativo y estimulante, a la par que lleno de frescura.

La propuesta es desconcertante, conservadora en un sentido y revolucionaria en otro, pues se trata de expresar las claves de constitución de la *physis* en cuanto que son inmutables y nuevas cada vez, idénticas y diferentes; o, visto desde otro ángulo, captar las conexiones seguras que definen al *Logos* que todo lo penetra y organiza mediante la mirada humana que sólo puede ser parcial y tentativa. De ahí, entre otros motivos, la necesidad de recurrir a la paradoja y a la intuición más que al discurso sistemático. No obstante, hay algo que prevalece sobre cualquier obstáculo de acceso: el altivo, irascible y tal vez atormentado Heráclito *confía* en la naturaleza y se siente en ella como en casa, vemos respeto pero no temor mientras se abandona tranquilo a su ley inexorable, donde esa actitud parece fundarse en una *fe sin creencias*. Qué lejos está –allende cualquier doctrina particular– del desarraigo contemporáneo, asustado y soberbio a partes iguales, después de innumerables desengaños históricos. Aun asumiendo los evidentes logros emancipadores de la Modernidad, nos atrae esa independencia de criterio nacida justamente de la dependencia consciente, entendida como límite y libertad ¿Sabe el hombre de hoy combinar estos dos vocablos con equilibrio?

2 Seguimos la excelente y actualizada edición comentada de FERNÁNDEZ, G. y MEDINA, A. (Eds.), *Heráclito. Fragmentos*, Madrid: Encuentro, 2015. La numeración ahí elegida coincide con la ya clásica de Marcovich.

Universidad Pontificia de Salamanca

2. LA REALIDAD COMO PROCESO Y FORMA

Sin entrar en tecnicismos, hay que asomarse a una síntesis denotativa de los asuntos teóricos esenciales y más tarde entrar en algunos matices connotativos de cariz práctico, por más que todo sea recíproco. Se trata de volver a preguntar, casi con ingenuidad, por las cuestiones que no cesan de atravesarnos…

2.1 Recuérdese que la concepción básica del griego remite al movimiento incesante de cuanto existe, a su vez conformado por las oposiciones que lo alimentan, de manera que el universo es un *proceso* continuo que discurre según la *forma* del antagonismo. Luego hay dos planos engarzados –primera variante de lo bipolar, de cuño *macrológico*– que hablan simultáneamente de transformación y de estructura, acorde con la clásica formulación que mienta la identidad de lo que muda y lo que permanece ("cambiando descansa", frag.56), dado que lo estable es el cambio y éste se configura mediante oposiciones repetidas. Algo similar cabe decir, desde otra perspectiva, de la tensión íntima que lo caracteriza todo, ya que sólo hay fluidez en virtud de la confrontación; o de la armonía y la violencia que se reclaman entre sí, pues una resulta de la otra. Heráclito desafía las inercias mentales y desmonta las dicotomías[3] cuando asegura que el *sustrato* de las cosas no es lo inmutable, tan pétreo como estéril al modo de Parménides, sino el *devenir* según pautas, cual *corriente alterna* de fondo –rítmica y versátil– que da lugar a las múltiples olas de la superficie. El movimiento gobernado por el ubicuo antagonismo se convierte en vínculo que permite establecer un choque fecundo entre identidad y diferencia, o unidad y pluralidad en distintos registros.

Podría decirse también que la solidez del ser ya no se funda en el *continuo* habitual de lo unitario, sino en la ligazón de los disímiles, por lo que esa *relacionalidad* cobra protagonismo ontológico y epistémico. Las conexiones son siempre de lucha, expresada ésta en diversas variantes, pero baste decir de momento que cada individuo batalla consigo mismo hacia dentro y con su contrario hacia fuera, de modo que son inseparables porque sin ese contrapunto no hay mismidad, y viceversa. Tal es la segunda expresión de lo bipolar, ahora en un plano microfísico: la tensión configuradora de lo idéntico como lo otro de sí (*ad intra* y *ad extra*), que después se traducirá en términos valorativos y pragmáticos. El axioma general del discurso, en una palabra, indica que afirmar y negar ontológicamente van siempre de la mano: se afirma lo propio y se niega lo opuesto, pero la

3 Lo cual preludia la sensibilidad que mucho después compendiará el *Principio de complementariedad* enunciado por Niels Bohr en la física contemporánea: las verdades opuestas de superficie se complementan en lo más profundo, como la onda y el corpúsculo coinciden, bajo sus diferentes parámetros de observación, en ser la naturaleza de la luz.

Universidad Pontificia de Salamanca

correlación estricta de ambos supone que hay también una afirmación indirecta de lo contrario (necesario para delimitar lo constitutivo de sí) y por tanto la negación implícita de lo propio, en tanto que son interdependientes por completo. El resultado es, cuando menos, el difuminado del principio de no contradicción (luego formulado por Aristóteles de manera plena) para integrar los dos movimientos a la vez, en la medida en que A es A porque existe B que se le opone, y al revés. Lo que dice mucho de la esencial apertura polémica de todo ente o estado, ya sea en un nivel básico natural o en la dialógica de la intersubjetividad que forja a la persona.

Pero no hay desdoblamiento de una misma entidad (la famosa salida de sí o "alienación" según Hegel), donde lo antes afirmado se niega y se pone después a sí mismo como su opuesto, pues en el griego la alteridad es infranqueable. No hay tercer momento dialéctico y nada queda por real-izar aunando la diferencia. Quizá por eso tampoco cabe un progreso lineal en el tiempo basado en la *superación* sucesiva de los antagonismos, sino una reiteración de ciclos en los que los contrarios se alternan sin integrarse. Aquí no cabe la teleología y mucho menos el desarrollo autocognoscente del absoluto (en el marco de un optimismo histórico de fondo), dado que tampoco hay reconciliación entre aquéllos. Lo real no es un todo objetivo o subjetivo, ni evoluciona por determinaciones encadenadas y sucesivas, al igual que es impensable su *mejoramiento* como lucidez y despliegue graduales. En esto consiste, entre otras cosas, la imposibilidad mencionada de sentarse sobre una espada: frente a la promesa hegeliana de la consumación (ardua pero efectiva) del Espíritu y su lectura legitimadora de lo existente (que incluye una teodicea), el presocrático ofrece una visión neutra porque no hace falta justificación moral o consuelo histórico, ni ese plus de *sentido* que orienta el devenir. La repetición de los ciclos corta de raíz cualquier historicismo y todo resulta gratuito, sin propósito ni tan siquiera implícito… En lugar de la óptica temporal o diacrónica del movimiento, prima la que podríamos llamar sincrónica o espacial-natural, donde el ajuste de las partes surge de la confrontación, como si las presiones enfrentadas hicieran que las cosas se ensamblaran mejor. Y es sabido que la justicia cósmica (*dike*) nace de ahí, de ese encaje descarnado a través de los filos, realizado de una vez por todas a la par que renovado sin cesar. Lo cual significa quedarse a la intemperie, fuera de la cobertura simbólica del progreso, sin meta ni enmienda.

El pensamiento sobre los antagonismos ha dado lugar después a nociones de gran riqueza a la hora de expresar que la tensión irresoluble vincula y cohesiona, en lugar de crear compartimentos estancos. Vale mencionar el conocido oxímoron del vocablo *concordia discordante* (o discordia concordante) y la reciprocidad entre una *sintaxis* que articula y una *diataxis* que separa. Es como ligar la cara y la cruz una vez más para exponer algo que no admite una definición

Universidad Pontificia de Salamanca

unilateral, como bien supieron los estoicos, los neoplatónicos, los escolásticos o los renacentistas al usar esa expresión, cada uno a su manera. Tal es el delicado equilibrio entre la identidad y la diferencia, el todo y las partes o la unidad y la pluralidad, a veces sólo nominativa en los dictados de la filosofía convencional. Y esta ambivalencia fecunda es el peaje necesario para abordarlo, como establece el griego cuando habla de lo "reunido separado, consonante disonante" y de la mutua convertibilidad entre lo uno y lo múltiple (frag.25). Podría verse la justicia (o ajustamiento) como la conjunción de dos facetas: el impulso *distributivo* del cosmos que se manifiesta en la multitud de los seres, modalidades y estados, a la par que tiene su reverso en la aportación *contributiva* de éstos al sostén común, en una especie de gigantesca pugna entre fuerzas centrífugas y centrípetas. No hace falta insistir en que lo opuesto se complementa, pero sin zanjar nunca la lucha que sirve para conectar según la clave metafísica de la contradicción.

2.2 Sentados los patrones que gobiernan el universo, donde el modelo bipolar que todo lo rige se organiza en ciclos y alternancias, podría echarse de menos la sensibilidad específica para el paso del tiempo (en Hesíodo las cinco edades del universo también se repiten) y creerse que la espuma única de los fenómenos individuales se pierde en aquella repetición. Ahora bien, cabe la visión alternativa de que por no estar al servicio de ningún finalismo (sea un designio escatológico, la *astucia de la razón*, *la mano invisible*…), son ellos quienes encarnan cada vez el movimiento mismo sin referencias *trascendentes* de ninguna clase. La oposición inmanente sólo existe en y por las cosas, de modo que el flujo sólo se realiza a través de ellas, sin resto sobrante y sin esencia allende la existencia, una vez descartado cualquier orden superior. Ese enfrentamiento dinámico y constitutivo permite que no haya aniquilación ni tampoco acumulación en espiral (mediante la *negación determinada* de Hegel), sino una construcción y destrucción que se retroalimentan, de forma que todo se regenera sin solución de continuidad.

La imagen circular, ajena a las secuencias lineales de la historia, remite claro está a las constantes de la naturaleza, como si este anclaje profundo evitase las falsas promesas del futuro y el carácter siempre fugaz del tiempo. Se empieza y se acaba en el mismo punto lógico pero no ontológico, sin desembocar en algo inerte y mecánico, sino en la inspiración y expiración de un universo vivo que se renueva cada vez que completa el circuito. En definitiva, el proceso y la forma coinciden en una suerte de *rotación* del ser a escala macro y microfísica, pero sin *traslación* o cambio cualitativo del conjunto. La reflexión capaz de esa doble mirada simultánea (que une porque opone y permanece porque cambia) capta lo que siempre está en acto y sin perder la íntima consistencia ni la sinergia resultante de los conflictos. Tal es la textura fibrosa del cosmos que no duerme, como los músculos de una divinidad en acción.

Universidad Pontificia de Salamanca

Este universo de sístoles y diástoles no está tan alejado de la experiencia contemporánea como pudiera creerse, fluida y convulsa, a la par que permite incluir lo personal y lo colectivo. Las cosas se tejen y destejen entre sí y con el todo, también en la vida humana, sean dimensiones subjetivas (psicofisiológicas, de carácter, etc.) o sociales, privadas o públicas. Todo se mueve y responde a un diapasón mayor, sin abandonar su lugar propio, mientras los seres se repelen tanto como se necesitan y las percepciones al respecto son estrictamente co-relativas (lo alto es inconcebible sin lo bajo y el placer sin el dolor, etc.). Así, la simetría del todo se nutre de las asimetrías entre las partes, a la vez que los opuestos guardan una secreta vinculación que los equipara y contrapesa. Si se prefiere una lectura menos abstracta, cabe observar la contradicción de las experiencias vividas por un sujeto, como se hará más tarde, pero ya sabemos que el humano es y no es el mismo a través de las vicisitudes que le constituyen y desgarran con los años, o que nos construimos gracias a/en contra de los otros y que no hay amor sin colisión ni alianza sin lucha latente… Frente a esas perplejidades, el conflicto nos resulta familiar por la lógica –reiterada en todo ámbito– de la acción y la reacción, del flujo y el reflujo, de la competencia inmisericorde y la cooperación sin reservas, etc. Al cabo, importa jugar hasta el final el juego de los opuestos y asumir que sólo ellos –en tanto expresión paradigmática de la guerra que todo lo funda– nos conforman a la vez que nos desmienten, esto es, nos hacen ser más complejos y estar más vivos.

La conciencia histórica que impera en los últimos siglos (a menudo asociada al progreso como nuevo mito) no encaja con esta visión cosmológica sin posibilidades de novedad radical y sometida a composición estable, pero que prescribe la obligación de lidiar con la coexistencia de facetas dispares. Tampoco parece fácil asumir hoy la armonía profunda que encierra ni esa extraña confianza en un mundo carente de *sentido* antropomórfico, pero es que Heráclito no llama a meditar sobre el devenir y la justicia desde una perspectiva edificante –he ahí el genuino espíritu de la tragedia– ni ofrece el premio de la reconciliación final, sino que se centra en comprender (sin *por qué* ni *para qué* utilitarios) cuanto nos es dado, a menudo misterioso. Aquí no tienen cabida el miedo ni la esperanza, esas dos falacias gemelas que enajenan al sujeto de sí mismo, esto es, del aquí y el ahora en que vive. La meta es mantener la conciencia de lo común que une (y va mucho más allá de los intereses humanos) en los diversos órdenes de la existencia, acoger por igual lo semejante y lo disímil, lo grato y lo ingrato, en un duro y espléndido ejercicio de *magnanimidad* que consiste, como es sabido, en tener un espíritu grande.

2.3 Los textos que citaremos como ilustraciones permiten disfrutar de la fuerza expresiva del autor. Asegura el frag. 1 que el *lógos* es entendido como el curso natural de las cosas y eso significa ante todo algo espontáneo, que sólo

Universidad Pontificia de Salamanca

después se viste con el ropaje nomotético de la *sintaxis* del universo, por más que los hombres no lo comprendan y vivan sus días sonámbulos. A menudo lo más obvio se pasa por alto, tapado por los automatismos y los prejuicios, como las anteojeras o las tuberías que encierran el agua que fluye. Es cierto que se trata de una "armonía invisible", según reza el frag. 9, pero ésta no es inaccesible (frag. 5), sino que hacen falta los ojos de la razón para captarla, sin olvidarse del "olfato" que alude a una suerte de sutileza o intuición añadida (frag.78). Hay que dejar volar una inteligencia libre de convenciones para comprender que la guerra une y ajusta (frag. 28), en tanto que es pura *afirmación* concurrente de lo que hay, pues no otra cosa significa decir de algo que es *necesario*: subrayar la trabazón de lo que no puede no ser, de manera semejante a como la determinación no es igual que el determinismo. Y en virtud de esa misma ontología afirmativa nadie debería sorprenderse de que la lucha –como matriz universal– dé lugar a toda clase de entes divergentes (frag. 29), ya que sólo los máximos contrastes permiten esa plenitud entendida como riqueza y variedad, lejos de una conjunción sólo retórica. El precio de nuestra limitada intelección, no obstante, es que a veces parezca que hay orden y otras desorden.

Tampoco es casual que *polemos* sea denominada "rey" y "padre" (que es como se llama a Zeus) porque tales vocablos nombran dos dimensiones fundamentales de la vida: la autoridad y la filiación, el poder y el afecto, en definitiva, la existencia vista desde el ángulo de lo impersonal y de lo personal. Se trata, en versión antropológica, del lazo paradójico entre un mundo habitable a la par que inhumano, creativo y destructor, regular e incomprensible. La famosa tragedia de Sófocles es elocuente: *Antígona* aborda aquel mismo tema al mostrar el desgarramiento inexorable entre el ámbito público y el privado, dado que sólo el orden de lo divino integra ambos aspectos, mientras que Creonte y Antígona, respectivamente, experimentan su choque doloroso al contraponer las exigencias de la ley y las del corazón. En el fondo, los humanos reproducen la ambivalencia general de cuanto existe y si nada escapa al mandato de la guerra cósmica no es porque se imponga desde fuera, sino porque anida en lo más hondo de cada ser.

Además, por otro lado, es equiparada a la agitación que sacude las identidades fijas, como debe hacerse con un brebaje para que no se corrompa (frag. 31), de manera que sólo la mezcla total de los ingredientes genera el sabor y el aroma deseados. Lo curioso entonces es que la calidad –en cualquier plano– consiste en combinar los elementos dispares en una especie de síntesis a escala, quizá por eso gusta Heráclito de referirse a los opuestos como reversibles y complementarios (frag. 32, 33), o como polos alternantes de lo mismo (frag. 41, 42), dicho en sentido microfísico u *horizontal*. Naturalmente, el efecto tónico de la agitación también es claro desde el punto de vista del macrocosmos, aunque no lo sea tanto para el sujeto humano que lo experimenta (y sufre) como antitético o fluctuante.

Universidad Pontificia de Salamanca

Por lo demás, esta clase de *convertibilidad* puede aplicarse en sentido *vertical* a la relación entre lo uno y lo múltiple, a tenor de otra metáfora básica: el fuego-oro compra todas las cosas-mercancías (frag. 54), al modo de un común denominador que posibilita cualquier transacción o intercambio porque se erige en patrón de medida universal. Ahí los individuos quedan subsumidos en esa energía común que los origina y hace conmensurables (digamos que respecto a su *valor de cambio* ontológico); pero a la par se reconoce la diferencia de manera paralela, como indica el ejemplo del agua marina que es distinta para peces y humanos (frag. 34), según lo que podría llamarse el *valor de uso* de cada cosa para cada uno. Luego cabe hablar desde distintas perspectivas (homogeneizadora una y heterogeneradora otra) sobre una misma realidad: el ser humano es una parte entre otras dentro de un todo, pero no por ello deja de distinguirse del resto con la peculiaridad de su experiencia básica y después con las diferentes percepciones particulares.

Sólo mediante tales simetrías y asimetrías (a su vez de distinto signo) es posible fraguar la discordia concordante, como se avanzó, y de este modo introducir las distinciones objetivas y subjetivas de consuno: hay una relatividad en el valor y uso de las cosas (índice subjetivo para cada sujeto), de acuerdo a la naturaleza (objetiva) de ellas mismas y de cada cual, lo que, además, engendra deseos y necesidades singulares en los individuos (frag. 36-39). Pero también es cierto que hay dicotomías generalizables en asuntos esenciales para la vida humana, tales como la salud y la enfermedad o la justicia y la injusticia (frag. 44, 45), lo que facilita el acuerdo convencional de muchos a la hora de ocuparse de tales contraposiciones. Son vínculos cruzados, por tanto, entre objetividad y subjetividad en los diferentes niveles de coincidencia y discordia, según los tipos de seres, de modo que se converge en unas cosas y se diverge en otras, siempre dentro del gran conjunto reticular del *logos* que a todos incluye. Así, para los seres humanos en concreto, ser, pensar y sentir (en sentido particular y colectivo) conforman un circuito de sentido multidireccional en su trato con el mundo. Y la verdad consiste entonces en que sujetos y objetos intersecten hasta constituir un bagaje cultural consensuado y creciente. Conocer y objetivar –pero sin dominio sobre las cosas– es siempre *traducir* lo real a la medida humana, sin desvirtuarlo, por eso estar despierto y no dormido es más importante y va más allá de la dicotomía variable entre lo verdadero y lo falso, que cambian y se cruzan según los seres y las circunstancias.

Por último, quisiera mencionar el tópico del río que pasa y queda, que es y no es el mismo (como cualquier ente) a lo largo del tiempo, según cantó el poeta. Si las miradas de los sujetos alumbran rasgos tanto diversos como compartidos, ello responde a la identidad multifacética del universo, además percibida por diferentes accesos. Hablar de los "mismos ríos diferentes" (frag. 40) es intensificar la paradoja del vínculo entre todo-partes-perspectivas, haciendo uso de la canónica

Universidad Pontificia de Salamanca

metáfora del agua para aludir al axioma del ser cambiando y el cambio siendo… en esos tres elementos a la par. De otro lado, es preciso subrayar que cualquier cosa fluye en cuanto es definida por la diferencia hacia fuera y la variedad hacia dentro, que son los motivos del movimiento, y así se evita homogeneizar el todo y las partes, del mismo modo que la síntesis de notas dispares en un individuo impide pensar en una tosca mismidad. Aquí se reúnen las dos visiones sobre el cambio enunciadas más arriba, la del todo-río que perdura al aunar las partes en su seno y la de las partes-aguas que se distinguen por el hecho mismo de fluir en un curso no inerte. Sería imposible e indeseable aplicar un concepto plano de identidad o contradicción allí donde nada se cosifica y todo se lava en esas metafísicas aguas lustrales, libres de las adherencias y los residuos muertos (incluidos los egos), así como del tipo de pensamiento que tiende a coagular los seres.

3. LA EXISTENCIA HUMANA

Es momento de centrarse en la vida humana, desde la ética y la política, pero también prestando atención a lo que podría llamarse la sensibilidad mística o mistérica que la afina al máximo. Como en asuntos anteriores, es obvio que no cabe esperar una teoría de la subjetividad o de la conciencia, pero tampoco un código moral o de buenas costumbres, sino todo lo contrario: una llamada airada, críptica y estimulante a que las personas *despierten* de una vez y tomen conciencia de su profundo arraigo en el universo. Y esto es lo importante, el hecho de que la vida buena sólo surge en *sintonía con lo común*, a partir de la comprensión de lo que une por medio de lo que separa. De ahí que se ponga el acento en la reciprocidad subyacente y nutricia de lo real (sin menoscabo de la diferencia que se ha intentado mostrar), donde el sujeto en marcha encuentra el suelo ontológico también dinámico que le permite construir su vida. Ante la paradoja de habitar un cosmos tan lleno de aristas como fluido, hay que *navegar* en esa corriente tumultuosa sin mapa (imposible en un marco isotrópico que carece de latitudes y longitudes), pero quizá conocedores de los vientos y las profundidades.

3.1 La base de esta postura es la clara percepción de que "La naturaleza de todos los días es una" (frag. 59), de manera que los múltiples sucesos y aspectos de los entes que a menudo se dispersan no dejan de pertenecer a un conjunto estructurado, convergente y divergente a la vez. Según se ha visto a propósito de la fluvialidad, las aguas cambian pero el cauce permanece pues de otro modo aquéllas se perderían, y otro tanto puede decirse de la propia vida entendida como un río. Lo plural no significa aquí fragmentación, so pena de que no quepa establecer las conexiones –por *chocantes* y flexibles que sean– que definen al

Universidad Pontificia de Salamanca

logos frente al caos, esto es, el *tejido* último de cuanto existe, según advierte la etimología de ese vocablo griego fundamental.

Conviene recordar los textos más elocuentes al respecto: el orden cósmico eterno, "el mismo de todas las cosas" que está por encima de hombres y dioses, se manifiesta como un "fuego vivo" que se enciende y apaga según "medida" (frag. 51). Este celebérrimo pasaje reúne los elementos *lógicos* (pauta, jerarquía y proporción) y *empíricos* (fuego generador y reductor) que permiten pensar la unidad reglada del universo, de forma que la vida humana encuentre una guía para conducirse. El hombre necesita algún orden y aborrece la incertidumbre, ya que de otro modo sería imposible orientarse y elegir adecuadamente, aunque nunca esté seguro por completo del rumbo. Lo "vivo", como se adivina en el pasaje, es inagotable y se organiza según ciclos (encender y apagar), luego uno asume la necesidad con independencia de cualquier plan o designio arbitrario (divino o humano), y ahí radica la seguridad que proporciona. La misma, por cierto, que suele buscarse en todo tiempo y lugar con diferentes estrategias filosóficas, religiosas o ideológicas, pero la ventaja de este modelo esquemático es que resulta extremadamente sobrio y *neutral*: se trata de un orden escueto y aséptico, no teleológico ni moralizante, y por ello muy difícil de manipular.

Por otro lado, donde hay nexos y estructuras que vinculan a los seres puede hablarse de cierta ley universal en la que debe inspirarse también la comunidad política y jurídica, de modo que el mensaje pragmático es que sólo en torno a lo común se construye la fortaleza de la ciudad, frente a la división debilitadora y el enfrentamiento (frag. 23). No se propone la unanimidad, impensable dentro del general tono agonístico, sino más bien una coincidencia de valores e intereses que priman el consenso cívico imprescindible para alcanzar el bien común, aunque no falten los conflictos. Es otra vía de imitar al uni-verso: se confluye porque hay regularidades que permiten al hombre conocer y lograr acuerdos sociales que implican sumar fuerzas. Es la plataforma cosmológica que legitima a la vez a la *polis* y al ciudadano del universo (*cosmopolita*), según reivindicarán después los estoicos. La persona queda así caracterizada por derechos y deberes legales que en última instancia se enraízan en el todo, hasta el punto de que su propia identidad resulta inconcebible sin ello. Y, lo que es más, la civilización actual comienza a recuperar ese sentido de pertenencia a un conjunto que reclama compromisos en diferentes niveles (desde lo local a lo global), a lomos de una posición intermedia entre el comunitarismo antiguo y el individualismo moderno. Digamos que el desafío estriba hoy, sin añorar aquella cosmología normativa, en pasar del nacionalismo e incluso del individualismo a una gobernanza planetaria que considere los intereses y necesidades de todos los seres humanos.

Vale la pena recordar que quienes "despiertan" espiritualmente comparten el mismo mundo porque se comportan de acuerdo con él, mientras que los

Universidad Pontificia de Salamanca

"dormidos" habitan mundos dispares o contrapuestos, como ocurre en los sueños (frag. 24). Heráclito afirma, al igual que tantos sabios, que la lucidez conecta y comunica, lejos de las ensoñaciones particulares que separan y enfrentan. Parece que sólo la experiencia directa de tal sabiduría despeja la mente y traspasa los muros del ego, en el marco de esa peculiar comunión que se filtra desde lo cosmológico a todas las dimensiones de la vida humana (epistémica, moral, afectiva, etc.), de manera que la realización personal consiste para el presocrático en entenderlo así. La libertad estribaría en desplegar la propia naturaleza para mejor encajarla y cumplir una función dentro del conjunto, obedeciéndolo. Ahora bien, nótese que "obedecer" según la etimología latina (*ob-audire*) es escuchar, precisamente el verbo que traduce el mandato del frag. 26 para indicar la necesidad de atender al *Logos*. Digamos que la lucidez-virtud consiste entonces en dejar fluir lo propio de sí (a menudo obstruido por el error y el prejuicio) y articularse conscientemente con el todo al que se pertenece. Aunque la noción actual de libertad sea otra bien distinta (correlativa a un sujeto independiente que elige y pretende actuar al margen del orden cósmico), estaría bien comprender ese íntimo *dejarse ir*, que no tiene nada que ver con *dejarse llevar* por terceros ni con ceder al mero capricho.

Desde otro ángulo, importa subrayar una enseñanza capital acorde con la reciente conciencia ecológica: para el griego hay que saber que "todas las cosas son gobernadas por todas" (frag. 85) y la lectura que de ello hacemos no es holista ni atomista, sino *relacional*, centrada en las conexiones de ida y vuelta ahora no tanto entre el todo y las partes como de éstas entre sí. El carácter descentralizado y *horizontal* del planteamiento abre paso a una suerte de *ecosofía* que testimonia la interdependencia profunda de todos los seres, sea directa o indirecta. En el caso humano podría verse ahí un buen antídoto contra la soberbia y la autosuficiencia, por ejemplo. Sin embargo, no es menos cierto que la tesis metafísica de la vinculación de todo con todo no es clara ni operativa en términos físicos, gnoseológicos o prácticos, y además hay riesgo de incurrir en lo que hoy se llama *ecolatría* o aun heteronomía pasiva ante ese gobierno impreciso. Pero si se capta el propósito relacional contrario a las totalizaciones y a los principios jerárquicos, no cuesta celebrar la apertura *eco-onto-lógica* de cuanto existe y aceptar una buena dosis de humildad que reconozca el vínculo decisivo con lo demás. Pocas cosas parecen tan necesarias para afrontar nuestra época de *policrisis* globales e insolidaridad, de miedo y ruptura de la confianza cívica, de injusticia e inminentes cambios traumáticos (climáticos, migratorios, económicos…). No se trata de apelar a enfoques premodernos ni de recuperar un paraíso tan idílico como falso (que Heráclito rechazaría), sino de sentar la convicción de que todos los seres "viajamos juntos en la nave Tierra" y que eso debería traducirse

Universidad Pontificia de Salamanca

en el respeto de unos equilibrios bio-físicos en un sentido y geo-políticos en otro que hoy están en serio peligro.

Una última nota me parece muy destacable: la constatación de ese peculiar orden abierto se hace en términos tales que ni siquiera admite el juicio estético, huyendo por tanto de ese otro sutil antropomorfismo, recíproco del de tipo metafísico o gnoseológico. Por eso afirma el Oscuro que "El orden más bello del mundo es un montón de desechos esparcidos al azar" (frag. 107), desbaratando cualquier código único al compararlo con lo fortuito y con lo inmundo, ajenos por principio a toda pauta lógica y valorativa de carácter trascendental. Es como si el autor buscara introducir la perplejidad deliberadamente para recordar que las categorías (incluso las de causalidad y belleza) siempre son humanas, demasiado humanas –también las suyas propias– y que no resultan satisfactorias ante una realidad *inconmensurable* a la postre. En una pirueta de genial ironía respecto al enfoque básico que gira en torno a los contrarios, la realidad bien podría denominarse *no-dual* en la medida en que se expresa a través de opuestos[4], sí, pero que en última instancia son equivalentes e inanes por separado. Es decir, ajena a los dualismos del pensar humano. Luego no vale definirla con pretensión absoluta –como si se estuviera fuera de lo real, abarcándolo todo, en vez de participar parcialmente del *logos* desde dentro– porque se mutila y cosifica, mientras que el flujo interno y espontáneo del ser (tan ordenado como azaroso, luego *acósmico* en este punto) es un puro acontecer que desborda cualesquiera calificativos. El presocrático, en fin, limita sabiamente todo discurso, incluido el suyo.

Por otra parte, utiliza nuevas vertientes del asunto para mostrar esas paradojas: aunque los hombres necesiten distinguir entre lo justo y lo injusto (desde su perspectiva), todo cuanto hay es "bello, justo y bueno" desde el todo (frag.91), en la medida en que es como debe. Las valoraciones humanas yerran al ser parciales, dado que discriminan desde una posición determinada lo que de suyo es perfecto (en cuanto que es: mera afirmación de realidad) cuando se observa el conjunto donde encajan las cosas. Los juicios del hombre (multívocos cuando no equívocos) están así condicionados en su alcance, sin que deban pasarse por *arriba* (totalizar objetivamente desde fuera de la *physis*) o quedarse por *debajo* (parcializar subjetivamente desde dentro). Se desprende además que el isomorfismo implícito recién incoado respecto a los famosos trascendentales (ser, bien, verdad y belleza) escapa al humano y es puesto en cuarentena si se va más allá del uso antropocéntrico meramente aproximativo. Heráclito sabe –repitámoslo– que lo real es inabarcable y multifacético, lleno de tantas perspectivas como encierra la

4 Ya se dijo algo de las posibles similitudes con Oriente y el tema podría conectarse ahora con la *coincidentia oppositorum* occidental, en un plano que está allende la contradicción, claro está.

Universidad Pontificia de Salamanca

verdad, de modo que la sabiduría práctica consiste en combinar esos distintos planos según demandan cada objeto, sujeto y circunstancia. Tampoco es trivial, por último, la llamada subyacente a comprender esos límites desde la participación acotada del *logos*: se conoce dentro de unos márgenes que permiten alcanzar cierta verdad intensional (cualitativa) del uni-pluri-verso, pero menos extensional o cuantitativa, y desde luego nunca absoluta.

3.2 El saber nace de profundizar tanto en el interior de cada uno que se conecta con el todo, pues el núcleo del sí mismo es común al de la realidad. Quizá por eso queda descartada la erudición como fuente de verdadero aprendizaje, en tanto que tiene carácter externo y a menudo rutinario –a lo que se contrapone la frescura y la picardía de los niños que engañan a Homero (frag. 16 y 21)–, toda vez que lo importante es cultivar la atención hacia uno mismo (frag. 13). Lo penetrante de la mirada interna sustituye a la mera acumulación de referencias ajenas o impersonales. A Heráclito no le gusta la solemnidad doctrinal en la forma ni el dualismo órfico-pitagórico en el fondo, por poner un ejemplo relevante, ya que ahí están prontos a la veneración del maestro (lo que anula la propia experiencia) y a la división ontológica que menosprecia el mundo ordinario o visible (lo que introduce prejuicios). La *ascesis* del conocimiento exige en todo caso que cada cual descubra en su interior aquello que nadie puede enseñarle, de modo que no hace falta perderse en la prolijidad exterior para encontrarlo, sino que surge del proceso de introspección y de cribado de las vivencias que el autor resume con la frase "Me investigué a mí mismo" (frag. 15). Sentada la *connaturalidad* última que sostiene lo real, el yo es la puerta de acceso al todo, a la par que éste acoge y da su sitio al individuo. El viejo adagio délfico que manda conocerse a sí mismo encuentra aquí su justificación definitiva y explica de dónde nace la confianza del que sabe (frag. 12), pues más allá de la autoridad y de la tradición impera la certeza acuñada en lo más hondo.

Este giro sapiencial, tan conocido como poco practicado, demanda esfuerzo y coraje en cualquier contexto histórico, sea dentro de aquella recia cosmovisión heraclítea o de la ansiedad contemporánea propia de una vida deslavazada. El viajero hacia el interior es un *psiconauta* al que se avisa de que el alma no tiene límites porque resulta tan insondable como el *logos* del que participa (frag. 67), auténtico tras-fondo de todos los seres. Es como si esa inmersión en/del yo –que no lo despersonaliza ni olvida la existencia de su propia ley particular (frag.104)– alcanzara las profundidades donde se revelan aquellos lazos, rebasando el ego y sus ataduras para con-fluir en el mar del ser. Bajo esta óptica, el famoso texto que identifica el carácter de cada cual con su *daimon* o genio interior (frag. 94), debería interpretarse como el guía de ese buceo del sí mismo hacia lo común, una vez entendida la tensión entre lo particular y lo universal en clave casi mística, pero sin caer en incongruencia alguna: el carácter personal es la forma única en que el

Universidad Pontificia de Salamanca

universo se expresa en cada quien, de acuerdo a unos rasgos y propensiones singulares que contribuyen a la plenitud del conjunto, justamente por ser irrepetibles. Lo cual podría llamarse *destino* a condición de reunir en el vocablo las dos facetas del asunto, la raíz compartida que une junto a la idiosincrasia que distingue. He aquí otra versión de la bipolaridad perenne entre lo uno y lo múltiple, en este caso a través de la experiencia ambivalente de ser y no ser un individuo separado de/unido a todo lo demás. Es difícil calibrar el alcance de algunos pasajes –habrá que volver sobre ello–, de modo que retornamos a la *superficie* de la vida activa, una vez que la persona se ha cualificado con el doble bagaje que articula el tópico délfico de conocerse a sí mismo con el pindárico de ser el que se es.

El aparente desvío a través de uno mismo resulta el camino más corto para situarse en el mundo con inteligencia: si ver el interior permite captar el *logos* (lo universal) y a la vez lo que caracteriza a cada uno (lo particular), queda expedito el vínculo ético entre ambos planos. En coherencia con la cosmología mentada, lo que se afirma de los individuos es la doble dimensión de esa identidad-diferencia que los constituye (frag. 27), justamente como el factor que dinamiza la existencia a través de esa paradójica armonía. Digamos que cada individuo encarna una perspectiva del conjunto, lo que recuerda por ejemplo a la monadología leibniziana e incluso al *principio holográfico* (descubierto con la física del láser hace unas décadas) a la hora de mostrar cómo cada parte *complica* y expresa el todo de un modo peculiar, en el caso humano además de manera consciente. La virtud consiste en darse cuenta de ello y actuar en consecuencia, siempre de acuerdo a contextos cambiantes, lo que supone vivir como se puede y no como se quiere (frag. 71); sin dejarse arrastrar por un deseo o impulso tan necesario para alimentar la acción como peligroso cuando se pierde la medida (frag. 70). Se trata, en fin, del tema perenne que consiste en lograr algún equilibrio entre lo querido y lo dado, lo que uno crea y lo que se le impone, aceptando en todo caso la tensión heroica e irresoluble que ello implica.

En caso contrario, se cae en las variadas trampas de la vida mediocre, ya sea el autoengaño más o menos voluntario, pues nadie puede ocultarse del *logos* (frag. 81) si es que uno quiere entender; o la reiterada desmesura (*hybris*) que todo lo trastorna cuando se olvidan los límites (frag. 102) y por tanto uno está *fuera de quicio*; o la irresponsabilidad política que niega la adhesión a la ley de la ciudad y a los deberes de autodefensa (frag. 103), en beneficio de un egoísmo a la postre suicida; o, finalmente, la vulgaridad entendida como rebajamiento de la condición humana a lo mostrenco, ajenos a la gloria y la excelencia a la que estamos llamados (frag. 95). Que Heráclito afirme todo esto desde cierto aristocratismo (más espiritual que de cuna, repetimos, aunque entonces tendieran a confundirse) no es óbice para reconocer su aplicación general a todos, a poco que se aquilate cuanto niega el narcisismo insolidario y paradójicamente gregario

Universidad Pontificia de Salamanca

de los hombres: él apela a una integridad o *completud* personal entendida como autonomía lúcida y comedida dentro de la *polis*, tan orgullosa de los valores propios como exigente en los deberes.

El penúltimo asunto es lo divino y misterioso, a contrapelo tanto de una teología de la trascendencia como de una actitud positivista, dado que "La naturaleza ama esconderse" (frag.8). Hay que indagar detrás de las convenciones y los prejuicios de diversa índole, cuando lo que vemos no agota la realidad y tan errado está el crédulo como el escéptico radical. Para nuestro presocrático no cabe la separación neta entre las esferas vitales, de modo que el conocimiento, la ética, la política y la espiritualidad van de la mano, lejos de los desgarramientos de la modernidad. Tampoco está de sobra recordar que la Grecia clásica no tiene un vocablo específico para el término "religión", quizá porque es innecesario religar lo que no está escindido en natural y sobrenatural. Sí hay, claro, creencias, ceremonias y ritos, pero eso es fútil para el autor, quien los tacha de absurdos y supersticiosos (frag.86), al igual que rechaza las prácticas de tipo esotérico (frag.87). Heráclito parece rebasar, no destruir, la esfera religiosa (la habitual y la secreta) de corte antropomórfico, jugando una vez más con la afirmación y la negación simultáneas, en este caso referidas a la figura emblemática de Zeus (frag. 84), que por un lado es dios y por otro símbolo o metáfora. Eso implica vencer el infantilismo asustadizo de tantas doctrinas lo mismo que la expectativa de una revelación deslumbrante, pero a la vez abrirse a la posibilidad de lo extraordinario e inesperado, incluso respecto a la muerte (frag.74). Lo que el griego hace es servirse siempre de la unión paradójica del sí y el no –clave del pensamiento bipolar concebido como *estar en el filo*, según dijimos– para acceder a una sabiduría allende lo unidimensional (en este caso creer o no en los dioses y en la vida ultraterrena) e integrarlo todo en intuiciones que no resuelven ni cierran la cuestión.

Lo divino se expresa a través de la tensión propia de las diversas clases de opuestos que muestran la plenitud de lo real, como el fuego da lugar a diferentes facetas –según los gustos– al mezclarse con diversos aromas (frag.77). Luego es divina esa densidad que incluye todas las variantes posibles, sin limitarse a un *sentido* único o totalizador que supuestamente lo definiría, de forma que se mantiene alerta la conciencia mediante la incertidumbre. Ese polimorfismo nunca se resuelve en homogeneidad, sino que ofrece tantas vertientes de las cosas como opciones haya, sin perder por eso la coherencia de una realidad que desborda nuestras ideas. Y es en este marco teórico, despojado de unidad metafísica, donde tendrá encaje por ejemplo la teoría relativista de Protágoras (inspirada en el devenir heracliteo) y el imperio del artificio cultural multívoco frente a las inaccesibles esencias naturales unívocas. Allí donde no hay certezas sino condiciones variables, debe desterrarse el dogmatismo y dar cabida a la pluralidad de puntos

Universidad Pontificia de Salamanca

de vista, sin caer por ello en el capricho infundado ni en la mera confusión, sino más bien en el perspectivismo.

De hecho, cabe un punto de encuentro entre el presocrático y el sofista al establecer que no se niega la verdad sin más ni se afirma que cualquier observación arbitraria vale lo mismo que las demás, lo que ocurre es que la condición superlativa y fluyente del ser requiere contar con todos sus aspectos objetivos y enfoques subjetivos (todo es verdad en cierto modo, a diferencia del todo es mentira de Gorgias), sin reducirse aquello a ningún ente o idea como tampoco a una mirada privilegiada (nada es cierto por completo). Es imposible encapsular la divinidad, pues cualquier determinación niega, y, aunque resulte posible conocer sus claves transversales de composición (el esquema *enantiológico* o de la lucha de opuestos), no lo es sistematizar la sobreabundancia inabarcable de sentidos cruzados. El saber, en fin, no agota lo real, aunque nada exime de buscarlo y contrastarlo en la medida de lo posible. Dicho de otra manera, se cuenta con la *forma* del conocimiento o enfoque fundamental, pero se acepta que faltan contenidos y respuestas fijas.

De ahí quizá, de modo inverso y complementario, que se diga que la sabiduría está "separada de las cosas" (frag.83), esto es, que trascienda los objetos y conocimientos particulares para proporcionar una panorámica amplia. Algo que bien podría interpretarse como precoz aviso contra la especialización inconexa de las disciplinas, además de contra la acumulación erudita e indiscriminada de datos sin articulación superior. Y es que ambas estrategias abandonan el eje sapiencial básico que consiste en: a) en sentido extensional, negar para afirmar y viceversa (en las relaciones todo-partes, de éstas entre sí y aun dentro de cada una), y b) en sentido intensional, mantener la *contradicción* como vínculo e índice de una complejidad ontológica y epistémica irreductible. Lo contrario sería abundar, aunque sea por sofisticadas vías académicas u otras propias de la hoy llamada sociedad de la información, en la simpleza que caracteriza frecuentemente a los hombres (frag.92), algo que sólo se enmienda con una disposición en verdad poliscópica y relacional ante las cosas, a la par que consciente de sus límites. La espiritualidad madura entonces cuando se asume una suerte de *certeza sobre la incertidumbre* que no renuncia a comprender, lo que a la postre hace de ella un vehículo de tolerancia y crecimiento interior.

4. EPÍLOGO

Cuesta asimilar la unión de fondo entre lo humano, lo cósmico y lo divino en una época como la nuestra que ha hecho de la división lineal (el análisis) su bandera, máxime cuando la integración que propone el griego (la síntesis multifactorial

Universidad Pontificia de Salamanca

de lo contradictorio) queda abierta por definición: definir es cosificar, oponer es vincular, unir es enfrentar, nombrar es elidir... Semejante lógica profunda escapa a cualquier etiqueta en la medida en que ofrece un discurso ajeno a los de corte mecanicista o espiritualista, biológico o histórico, etc., para apelar a una visión acaso *previa*. Además, Heráclito escapa por igual al lamento y la utopía, o, si se prefiere, al pesimismo y el optimismo habituales, a pesar de su tono admonitorio y exigente. Y es que plantea las cuestiones en otra dimensión, donde lo sorprendente es que incluso la lógica bipolar queda al final rebasada por lo que varias tradiciones sapienciales, en especial de Oriente, han llamado lo *no-dual*: como esto sólo puede expresarse por vía indirecta y una vez más paradójica, digamos que la realidad es y no es a la vez una y múltiple, ordenada y azarosa, bella y sucia…, según se ha visto, escapando así a toda definición. Hasta el punto de que no caben nociones excluyentes y que prima la aquiescencia contradictoria a lo que es múltiple y en última instancia inaprehensible… En cierto sentido, todo es como debe y *está bien*, más allá de los calificativos antropomórficos al uso, mientras fluye sin plan ni propósito en una pura gratuidad que escapa a cualquier cierre categorial. No digo que Heráclito sea un místico ni que haya una correlación acabada entre lejanas culturas, pero su pensamiento se alimenta de una sintonía metaconceptual de esa índole con la realidad. Y este terreno por definición resbaladizo alude a una vivencia llena de intuición más que a otra cosa.

Recuérdese, en esta línea, que un pasaje memorable asimila el tiempo a un niño que juega y a éste con el poder regio (frag.93), lo que manifiesta esa peculiar inocencia e impremeditación de cuanto acontece, a la vez que, como en todo juego y adecuado ejercicio del poder, hay reglas implícitas. Aquí se dan cita de nuevo las dos lecturas complementarias que aluden a lo lúdico y a lo trágico, a lo espontáneo y a lo necesario, a la armonía y la violencia…, como refleja finalmente la imagen de los castillos de arena (o cualesquiera constructos mentales) que el mar deshace. Pocas metáforas metafísicas han sido tan fecundas en la cultura como la del niño porque desarma todo esquema lógico y nos arroja a la perplejidad: lo más débil e ingenuo representa lo más fuerte y consecuente, como el tiempo que construye y destruye sin cesar, inexorable… sin querer, con la ligereza de lo que da vida y muerte en un derroche que no necesita justificación. Es como decir que el cálculo previsor y el empeño utilitario que a menudo troquelan nuestras vidas son pobres e inanes distorsiones del curso profundo de las cosas. Y que si en un plano tiene sentido el pragmatismo, dada la menesterosidad humana, en otro más hondo no hay nada por lo que afanarse ni preocuparse, de donde surge la confianza y el abandono lúcido al flujo que nos lleva queramos o no.

Por último, no puede quedar en el olvido la afirmación que reza "El sol es nuevo cada día" (frag. 59), en cuya referencia al paso del tiempo cíclico se esconde la continua regeneración que no condesciende a repetirse ni a pensar la

Universidad Pontificia de Salamanca

identidad como algo *muerto*, pues la fuente de vida, luz y calor es en sí misma pura energía renovada. Esto es lo significativo, que el orden-desorden cósmico expresado en el astro que tantas cosas simboliza escapa a la *tauto-onto-logía*, que la regularidad no se confunde con rutina, y al cabo el *logos* no puede ser algo inerte y monótono. El movimiento esencial encuentra aquí su cualificación decisiva como lo que es distinto cada vez, y quizá por eso añade en otro lugar que hay que esperar lo inesperado (frag.11), tanto para percibir la novedad bajo la costumbre como para apreciar despiertos el renacimiento constante del ser. No se trata de *buscar* lo que de suyo no tiene acceso, dice el mismo texto, sino más bien –propongo– de vivir en el estado de gracia que *encuentra,* si se deja aflorar, lo que se presenta por sí mismo. De ahí también que, en términos generales, no quepa la distinción coaguladora e instrumental entre sujeto y objeto, incluida una probable relación de dominio del primero sobre el segundo.

Tampoco se trataría de introducir una banal esperanza de reconciliación final, tan cómoda como vacua, sino más bien una demanda de atención profunda que rompa esquemas e inercias, sin *resignarse* pasivamente a lo dado a la par que se *conforma* activamente en el seno de lo que deviene sin por qué ni para qué. Claro que también nos gustaría –en esta época nuestra tan problemática y desencantada (¿cuál no lo ha sido?)– ver en la llamada a esperar lo inesperado una vía de aprendizaje continuo e incluso la posibilidad de dar un salto cualitativo hacia la reorganización general de los asuntos humanos que tanto urge. Eso sí, con la conciencia clara de que la realidad es siempre chocante e inasible, lo que supone cuestionar el mito del progreso indefinido y el delirio tecnológico de controlar la naturaleza a voluntad. Más bien hay en el griego una llamada a plantear la reflexión y la praxis al margen de la voluntad de poder, justamente para mejor comprender y encajar en el *juego* del niño cósmico…

Universidad Pontificia de Salamanca